

Emociones, sociabilidad y espacio doméstico: adolescentes y adultos mayores durante la pandemia del Covid-19

Moguillansky, Marina (UNSAM-CONICET, investigadora), mmoguillansky@gmail.com

Simonetti, Paula (UNSAM-CONICET, becaria posdoctoral),

Salas Tonello, Pablo (UNSAM-CONICET, becario posdoctoral) psalastonello@unsam.edu.ar

Papez, Boris (UNSAM, graduado)

Peralta, Brenda (UNSAM, estudiante de grado)

Resumen

La pandemia del Covid-19 transformó la vida de todos, pero no lo hizo en el mismo sentido ni con la misma intensidad, sino que hubo experiencias heterogéneas del aislamiento. En este trabajo nos dedicamos al análisis de las experiencias de diferentes grupos de edad: los adultos mayores y los adolescentes. La comparación y el contraste entre ellos es relevante por distintos motivos. En principio vivieron la reclusión en el hogar de formas opuestas: mientras los adolescentes se vieron obligados a convivir estrechamente con sus familias al suspenderse la presencialidad en las escuelas, los adultos mayores por su especial vulnerabilidad frente al virus, se vieron obligados a aislarse de todo tipo de contacto, incluso de sus familiares más cercanos. Al mismo tiempo, la mediación tecnológica de la sociabilidad y de las prácticas de ocio durante la pandemia se incorporó de formas diferentes en adolescentes y adultos mayores. Los focos del análisis en esta ponencia serán las vivencias del espacio doméstico, las prácticas de sociabilidad y las emociones durante la pandemia, partiendo de un conjunto de entrevistas semi-estructuradas realizadas entre enero y junio de 2022.

Palabras clave

PANDEMIA - GENERACIONES - CASA - SOCIABILIDAD - EMOCIONES

Introducción

La pandemia y el encierro dispuesto por las medidas de prevención en Argentina fueron experiencias difíciles para toda la población pero tuvieron modulaciones específicas para ciertos grupos de edad. En este trabajo nos propusimos abordar la experiencia del aislamiento para adolescentes y adultos mayores, dos grupos que por diferentes motivos tuvieron vivencias críticas del aislamiento. Los ejes analíticos de este trabajo serán la vivencia del espacio doméstico durante el encierro, las prácticas de sociabilidad y las emociones. El análisis parte de la perspectiva de la sociología de la cultura (Bourdieu, 1990, 1998), incorporando los aportes del estudio de los grupos de edad y las generaciones (Mannheim,

1993), así como de la antropología y la sociología de las emociones (Koury, 2014; Lutz y White, 1986).

En cuanto al trabajo de investigación, esta ponencia se enmarca en el proyecto de investigación plurianual (PIP-CONICET) titulado “Pandemia y vida cotidiana. Heterogeneidad de experiencias en el AMBA” dirigido por Marina Moguillansky, con sede en el Núcleo de Estudios de Cultura y Comunicación de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. El diseño metodológico se basó en la realización de entrevistas semi-estructuradas (72), de entre las cuales seleccionamos para esta ponencia un grupo de 12 casos según criterios de edad. Las entrevistas fueron realizadas a residentes de la Ciudad Autónoma y del Área Metropolitana de Buenos Aires entre enero y julio de 2022. El objetivo de las entrevistas fue explorar las experiencias de la pandemia en personas con diferentes perfiles etarios, profesionales y socioeconómicos. En este trabajo, hemos privilegiado la dimensión de la edad como configuradora de la situación vital durante el aislamiento. Para esta ponencia analizamos seis entrevistas a adolescentes de entre 14 y 20 años de edad, y seis entrevistas a adultos mayores de 66 a 86 años. A continuación exponemos los principales rasgos de los entrevistados.

Nombre y edad	Caracterización
Valeria, 14 años	Villa Urquiza, escuela secundaria, padres separados, convivió con su madre y la pareja de ella en un departamento, clase media (C3)
Gabriel, 16 años	Pilar, escuela secundaria, padres separados, casa propia, clase media (C3)
Fernando, 16 años	San Martín, escuela secundaria, casa propia, clase media (C2)
Eleonora, 17 años	Wilde, escuela secundaria, departamento, clase media-alta (C1)
Juan, 18 años	Villa Crespo, 1er año facultad, convivió con sus padres y un hermano menor en casa propia, clase media-alta (C1)
Mariano, 20 años	Villa Pueyrredón, bachillerato popular, convivía con su abuela y su madre en un departamento, trabaja en delivery, sectores populares (D1)
Roberto, 66 años	Paternal, empresario, convive con su esposa en una casa propia muy amplia con jardín, clase alta (AB)
Mirta, 72 años	Moreno, jubilada, vive sola en casa propia con jardín, clase media (C2)
Susana, 75 años	Nágera (CABA), vive con su marido en un departamento con vista al parque, 5 hijos y 10 nietos, ambos jubilados, clase media (C3)
Carmen, 78 años	Ciudadela, vive sola en un departamento, 2 hijos, tenía una intensa vida social antes de la pandemia, clase media-baja (C3)

Clelia, 79 años	La Plata, vive sola en casa propia, ama de casa jubilada, 11 hijos, sectores populares (D1)
Antonio, 86 años	Recoleta, convive con la esposa y un hijo ya adulto en departamento propio, clase media-alta (C1)

El cuestionario indagaba sobre el perfil de los sujetos, sus trayectorias educativas y laborales, las condiciones habitacionales en las que pasaron el aislamiento, y luego se planteaban preguntas abiertas sobre los recuerdos del aislamiento según distintas áreas temáticas: reclusión en el espacio doméstico y transformaciones del mismo; vínculos sociales y gestión de las emociones; consumos culturales y uso de tecnologías digitales; hábitos informativos, afinidades y percepciones de la política.

En la primera sección abordamos las vivencias del hogar durante el período más estricto del aislamiento, tanto en adolescentes como en adultos mayores; en la segunda sección analizamos las prácticas de sociabilidad de ambos grupos y en la tercera nos centramos en los registros emocionales de sus relatos del aislamiento.

1. El espacio doméstico durante el aislamiento

Dado que en Argentina y en particular en el AMBA el aislamiento fue muy extenso para las personas que no ejercían tareas esenciales, las características de la vivienda y del grupo de convivientes fueron muy relevantes. La mayoría de los adolescentes y adultos mayores que entrevistamos no trabajaban y por lo tanto permanecieron en sus casas: de los 12 entrevistados, 11 hicieron un aislamiento estricto (y varios adultos mayores, mantuvieron la medida incluso cuando dejó de ser obligatoria). Entre los adultos mayores, sólo Roberto seguía trabajando, en su caso como empresario, y mantuvo la actividad aunque en forma virtual, por lo que estuvo también aislado en su hogar.

De los adolescentes, sólo Mariano (20) salía regularmente de su hogar para trabajar y es también el único caso entre nuestros entrevistados que describió la dificultad de compartir habitación con su abuela, que era una persona de riesgo. El hecho de “no tener un espacio solo”, afectó de forma particular su experiencia de la cuarentena, a lo que se sumaba el temor por contagiar a sus familiares aislados en el hogar a causa de sus salidas por trabajo. En efecto, “el cuarto propio”, donde mayormente estuvieron reclusos, fue el espacio doméstico central en los relatos de los adolescentes entrevistados, inclusive entre aquellos que

manifestaban tener una casa grande o ambientes al aire libre como un patio o balcón: “el espacio que más usé fue mi pieza, yo básicamente vivía acá. Me acuerdo que a veces pasaban tres días en que no salía afuera” (Gabriel, 16). Según Fernando (16), resultaba “más cómodo estar estudiando en casa que en el colegio”, aunque también la habitación absorbía momentos de ocio y de socialización virtual. Juan, de 18 años, recuerda con asombro la experiencia de su hermano menor, de 16:

Estaba todo el día encerrado con la computadora. Yo lo iba a visitar al cuarto cada tanto, a ver cómo andaba, porque la verdad que no lo veía, y si lo veías para comer venía corriendo a almorzar, comía re rápido y se iba corriendo al cuarto de vuelta a encerrarse. (Juan, 18).

Según Segura y Caggiano (2021:6-7), al alterarse los tiempos de habitación de los espacios de la casa, el trabajo, la distensión y el esparcimiento convergen en un mismo lugar, lo que en la experiencia de los y las adolescentes permitió dar continuidad de otra manera a las actividades que dejaron de realizarse fuera del hogar. El tiempo pasado en estos espacios y el cambio de las rutinas supuso también un proceso de transformación de los mismos que se da con el habitar (De Certeau, 1999:147). Como señala Juan (18) a continuación sobre el cuarto de su hermano: ese lugar “era una madriguera. Sin luz, con ropa tirada, comida en el escritorio (...) y las persianas cerradas todo el día: no veía a nadie”. La transformación del cuarto se daba no sólo por ser el principal lugar de habitación, sino también por el cambio de los horarios de la actividad diaria. Juan señala al respecto que “me desvelaba varias noches y me despertaba a las 3 de la tarde. Yo tenía los horarios bastante cambiados pero tuve conocidos en los que era muy extremo, vivían de noche”. De este modo, al “involucrar la forma en que las y los habitantes despliegan sus propias vidas” (Segura y Caggiano, 2021:4), el espacio necesariamente se adecúa a ese “vivir de noche” y “sin ver a nadie”.

Lejos de ser un espacio cerrado, los videojuegos online (mediados por el uso de diversos dispositivos electrónicos) insertaron a los adolescentes en un nuevo mundo, donde los límites espacio-temporales perdían su claridad, donde las fronteras de sus habitaciones se extendían más allá de las paredes y donde gozaban de la libertad de acción que en el mundo real no disponían. Siguiendo a Segura y Caggiano (2021), la prolongación de la casa por medio de las comunicaciones dan cuenta de un lugar cambiante y en constante proceso de transformación, que va más allá de la fijeza y estabilidad de los límites materiales, dependientes del uso que sus habitantes hacen del espacio. Los “jueguitos” o las clases virtuales se constituyeron en prolongaciones de sus casas durante el aislamiento,

permitiéndoles una comunicación con el exterior e inclusive pasar esos meses de manera cómoda y “placentera”.

Entre los adultos mayores la percepción acerca del espacio doméstico era variada. Por ejemplo, para Carmen (78) que vive en un pequeño departamento de 2 ambientes, la casa se sentía como un lugar de encierro, donde no tenía otras actividades más que mirar la televisión y limpiar. Para el resto, en cambio, la casa fue un espacio de tranquilidad y disfrute durante el aislamiento ya que vivían en espacios más grandes con ambientes exteriores (Antonio/Roberto/Mirta). A diferencia de los adolescentes, las prolongaciones de las casas en estos casos, se constituían sobre todo de un modo material por el uso de espacios como balcones, ventanas o patios que eran utilizados para tener contacto visual con el afuera y establecerse como una línea de fuga frente a la presión del encierro cotidiano (Segura y Caggiano, 2021). Además, permitieron en casos como el de Roberto y Clelia mantener el contacto con sus hijos y, a la vez, asegurarse una distancia prudencial.

Yo me sentaba en uno de los maceteros de adelante del jardín, del frente de la casa, y ellos [refiriéndose a los hijos] desde la vereda. O por ahí yo me ponía adentro del comedor, con la ventana abierta y me sentaba en la escalera y ellos se sentaban en el macetero adelante y ahí tomaban ellos un matecito, que venían. Traían a alguno de los chicos para que yo los viera (Clelia, 79).

En algunos casos, este tipo de relaciones dependían de la cercanía espacial y de medios de movilización que podían o no favorecerlas, como el caso de Mirta (72), quien señala que pasó varios meses sin ver a sus hijos porque vivían lejos y, además, porque “no tienen vehículo, así que la comunicación era complicada”. En otros casos, la posibilidad de desplazarse por la ciudad era menos un recurso de socialización que una oportunidad para interrumpir las rutinas diarias:

otra cosa que hacíamos con mi marido no muy seguido, en pleno invierno que no podíamos ver a los nietos porque todavía las restricciones eran bastante duras, nos subíamos a la camioneta y salíamos a pasear en Buenos Aires, entonces íbamos a Puerto Madero o a Palermo. Yo me bajaba y sacaba fotos. Él no se bajó nunca. Yo sí me bajaba y sacaba fotos porque a mí me gusta mucho esta ciudad (Susana, 75).

Por otra parte, para los adultos mayores lo relevante de la casa o departamento durante la pandemia no era tener un cuarto propio, sino la posibilidad de tener espacios abiertos, un patio, balcón o jardín, o al menos vista abierta o vista a un parque. Por ejemplo, Clelia de 79 años relataba lo siguiente:

Mi casa es grande (...) El patio, lindo, con parquecito, que lo corto yo el pastito. Saco los yuyitos. Y el quincho, que es otro grande del ancho del terreno y el largo. Y, bueno, un garaje, pasillo. Una casa amplísima, cómoda. Que a mí me gusta y me sigue gustando

Más allá de poder estar cómoda en su espacio durante la pandemia, Clelia destaca que al contar con espacio abierto, pudo recibir a sus hijos y en ocasiones también ver a sus nietos: “yo me sentaba en uno de los maceteros de adelante del jardín, del frente de la casa, y ellos desde la vereda (...) tomaban un matecito, traían a alguno de los chicos para que yo los viera”. En el caso de quienes vivían en departamento, se valoró mucho el balcón con vista a la calle, o bien el contar con un parque cerca, como cuenta Susana, de 75 años:

después de tres meses empezamos a vernos con las chicas y con los nietos, porque si bien no podíamos visitarnos, bajábamos al parque y nos encontrábamos, viste acá el parque es muy lindo, nos llamábamos por teléfono con las chicas y decíamos, vamos a bajar. Bueno, eso sí, cada uno tomaba su mate ¿viste?

En síntesis, para los adolescentes, entre el lamento por la ausencia de un cuarto propio y su pleno aprovechamiento por parte de aquellos que contaban con ese espacio se encontraba la posibilidad de establecer conexiones virtuales que aminoraba de alguna manera la falta de sociabilidad presencial. En contrapartida, para los adultos mayores este reemplazo no careció de los recursos de la virtualidad, pero pareció satisfacerse haciendo un mayor uso del espacio físico, ya sea orientado a la socialización o a la interrupción de las rutinas.

2. Sociabilidades interrumpidas

Con las políticas de aislamiento, las sociabilidades que dependían de algún dispositivo institucional presencial se vieron coartadas: en adolescentes la escuela secundaria; en adultos mayores, los centros de jubilados o la Iglesia. En la franja de los adultos mayores, existen diferencias notables entre quienes dependían exclusivamente de dichas instituciones para su sociabilidad, y quienes pudieron retornar, a los pocos meses, a sus rutinas de sociabilidad familiar. En este sentido, el análisis evidencia que nietos y nietas constituyen un importante factor de alivio emocional al que varios adultos mayores buscaban retornar durante el 2020. Mientras tanto, en la franja de los adolescentes, la escuela es más uniformemente el gran organizador y garante de rutinas y prácticas de sociabilidad.

La virtualidad fue una estrategia clave para suplir la falta de sociabilidad presencial. Sin embargo, ésta operó de distinto modo en adolescentes y adultos mayores. Los más jóvenes recrearon sus formas de sociabilidad con videollamadas y chat que funcionaba casi siempre anclados a algún tipo de actividad lúdica. En todas las entrevistas realizadas a adolescentes en el presente proyecto, aparece la mención a distintos videojuegos. Por su parte, para los adultos mayores también la virtualidad fue una forma de sostener la sociabilidad, pero en función de conversaciones. En este sentido, los entrevistados no manifestaron en general dificultades técnicas para operar con aplicaciones o tecnología. Más aún, en algunos casos notamos un uso avanzado de las tecnologías digitales por parte de este grupo. La diferencia central con los adolescentes reside en que esa sociabilidad virtual pareciera menos efectiva, satisfactoria o aliviante. Al contrario, varios adultos indicaron sentimientos de saturación o incomodidad con respecto a las videollamadas, un mecanismo que, al fin y al cabo, no alcanzaba a suplir la angustia ocasionada por el aislamiento. Estas formas de saturación son referidas por los adolescentes sobre todo en relación con las clases virtuales, pero no en relación a la sociabilidad virtual con amigos.

En cuanto a la sociabilidad vinculada a consumos y prácticas culturales específicas, posiblemente el gran contraste ocurre entre adolescentes que manejan videojuegos, y adultos mayores muy apegados a la radio, consumos que son excluyentes de cada una de estas franjas. Mirta (72) y Antonio (86) destacan el rol de la radio como una compañía permanente en el hogar, especialmente aquellos programas con participación de la audiencia. En contraste, en todos los casos los adolescentes mencionan la importancia de videojuegos colectivos, ya sean juegos de disparos o de construcción de ciudades como los más habituales.

Esta práctica terminó creando un marco de sociabilidad alternativo para los adolescentes, pero limitado al lenguaje del juego (Aliano, 2021:25). Si bien, como señala Fernando, no estaban exentas de sensaciones negativas ya que se “podía jugar a la Play con amigos, pero es mejor presencial”, en algunos casos permitían restituir todo el marco de sociabilidad perdido, por cuanto se desarrollaba con personas conocidas e incluso cercanas espacialmente, pero con la imposibilidad de reencontrarse presencialmente: “jugué bastante al Minecraft, había una página en la que podías hacer un mundo con tus amigos y ahí entrábamos y jugábamos (...) la verdad que siempre jugué con amigos, con desconocidos no” (Gabriel, 16). En este sentido, el juego llegó a reemplazar incluso las relaciones espaciales más cercanas, que no por ello dejaban de concebirse como peligrosas. Según Gabriel, el primer encuentro presencial que tuvo durante la pandemia fue con su vecino en el mes de noviembre, ocho meses después del

inicio del confinamiento, y aún así “teníamos que usar barbijo y ponernos alcohol en gel, respetando las medidas de precaución”, ya que “el padre no lo dejaba”. Es por ello que la práctica de videojuegos se desarrollaba con “algunos amigos del colegio, y también con mi vecino, que estábamos al lado pero jugábamos virtual” (Gabriel, 16).

Para Eleonora (17), esta práctica también reemplazó intercambios en las redes sociales: “aprendí a jugar esos juegos, pero dejé las redes sociales, no estuve mucho en Instagram (...) era aburrido. Nadie subía nada interesante, y yo tampoco tenía ganas de subir cosas”. No obstante, ello no suponía que estos juegos en grupo carecieran de otros canales de comunicación que facilitaban el encuentro:

Tenemos un grupo de WhatsApp y un grupo en Discord, que es como si fuese un Skype y un chat de voz. Entonces cada tanto cuando entrabas veías a Pepito conectado y te quedas hablando con él y jugabas algo a la tarde. Jugamos todos juntos, nos conectamos todos ahí (Juan, 18).

De este modo, habría una tendencia a satisfacer la necesidad de socialización virtual a través del chat, mientras que la acción parece satisfacerse por medio del juego (Failla, 2021). Ahora bien, aunque la socialización a través del juego fue una alternativa central a la socialización presencial, en la pospandemia y con el retorno de los encuentros cara a cara, esta práctica llegó a ser pensada por los adolescentes entrevistados como excesiva: “siento no haber aprovechado bien ese tiempo que me quedaba libre de la virtualidad. Yo me la pasaba jugando jueguitos. Y hoy en día hubiera aprovechado ese tiempo para hacer otra cosa mejor” (Gabriel, 16). Estos hallazgos dialogan con trabajos que sostienen que en contra de la idea extendida de que los adolescentes, por ser nativos del medio digital, tendrían menos problemas para sostener los intercambios con sus grupos de pares, resultaron uno de los grupos psicológicamente más golpeados por las políticas de aislamiento social (Failla, 2021; Justo Alonso et. al, 2020).

A diferencia de los adolescentes, que en algunos casos veían sus posibilidades de socialización limitadas por la autoridad de los padres, entre los adultos mayores la suspensión de la sociabilidad aparece en varios casos asociada a una imposición férrea por parte de sus hijos, los principales actores que no les permitían salir a la calle o, peor aún, ver a sus nietos. Por ejemplo, Roberto se emocionaba durante la entrevista al recordar una dolorosa situación donde prácticamente le ruega a su hijo que le permitiera a él y a su esposa ver a las nietas: “¡Yo elijo, dejame elegir! Nosotros *necesitábamos* ver a las nenas”. Para Roberto, la situación era clara: debían “armar una burbuja” entre todos, por más que no vivieran juntos. En este

sentido, enfatiza sobre todo la importancia de “los abrazos” y el contacto corporal con sus nietas. El caso de Roberto contrasta bastante con el de Carmen (78), quien no nombra nietos o hijos en toda la entrevista, sino al centro de jubilados como el principal espacio de sociabilidad previo a la pandemia. Allí tomaba clases de baile, jugaba a juegos de mesa o simplemente se juntaban a comer. A diferencia de Roberto, Carmen casi no encuentra alivio para el aislamiento social durante toda la pandemia.

En cuanto a las relaciones espacialmente cercanas, el mayor tiempo pasado en el hogar fue una situación que en algunos casos favoreció nuevas sociabilidades con vecinos, que en la experiencia de Mirta (72) se tradujeron en formas de intercambio y solidaridad para resolver cuestiones prácticas como las compras cotidianas: “había una vecina que iba con la bici y me traía pescado, cuando iba compraba para ella y me traía a mí, y yo a veces compraba semillas y frutas secas que me tenían a domicilio y le daba ella o sea hacíamos como un intercambio”.

Por último, nos interesa comparar cómo se narran en estas dos franjas etarias el regreso a la sociabilidad presencial, ubicándonos ya más cerca de la era post-Covid. En los adolescentes, el regreso a la escuela y el reencuentro con sus pares está asociado a sensaciones de vergüenza y “desconocimiento”. Los demás cambiaron y muchos indican la dificultad para recuperar viejas amistades o, directamente, perderlas del todo y entrar en la trabajosa construcción de nuevos lazos. Esta sensación aparece con más fuerza en aquellos jóvenes que estaban en las etapas iniciales y finales de su educación secundaria al momento del aislamiento más estricto. De este modo, Juan, que terminó de cursar la secundaria durante la pandemia, decía:

(...) pasar por una etapa de mucho cambio porque, eran, fueron dos años como muy bisagra y caer... y no sé volver a las clases (...) y darme cuenta que realmente no conocía un montón de gente, un montón de gente que capaz conocí por tres años y tenía un re vínculo y de la nada tuvieron todo un cambio en el que no pude estar presente y nadie pudo estar presente (...) darte cuenta que toda la gente que conocías con 15 años 16 años tenés 18 y son personas completamente distintas (Juan, 18).

Para los adultos mayores cuyos círculos de sociabilidad central eran otros adultos -y no la familia y los nietos- también se verifican experiencias dolorosas. Al regresar al centro de jubilados, Carmen cuenta lo difícil de verificar “que faltan muchísimos”, ya sea porque fallecieron o porque directamente no se reintegraron: “En mi mesa éramos ocho, y quedamos dos. De estar, qué sé yo, veinte años juntas, si bien no nos visitábamos, no era una cosa...

pero era un afecto muy grande, como un afecto familiar, prácticamente como familia”.
(Carmen, 78)

3. *Para nosotros, dos años y medio es mucho tiempo. Sobre las emociones*

Una importante coincidencia entre los adolescentes y los adultos mayores es la sensación de que perdieron un tiempo y/o una experiencia específica e irrecuperable durante la pandemia. Este sentimiento acrecienta emociones como la angustia, el miedo o la tristeza. Así como Juan (18) se refería a que para su grupo habían sido “años bisagra”, de muchos cambios, Graciela (75) decía: “yo ya tengo 75, como le digo a mi nieto “¿sabes qué es lo más importante para mí?”, “Sí, ya sé, nosotros”... “no”, le digo, “el tiempo, porque a mí me queda poco tiempo”. Para Adolfo (86), esta situación es indisociable de la necesidad de pasar tiempo con su nieto: “dentro de dos meses cumpla 87, y estoy convencido de lo que digo: me queda un tramo corto. Y este tramo va a ser siempre para menos. Ahora soy un espectador de la vida, entonces me siento a escuchar las historias de mi nieto y me regocijo con eso”.

Por otra parte, en ambos casos se trata de grupos sobre los cuales recae el control de los demás, ya sea de los padres en el caso de los adolescentes o de los hijos en los adultos mayores. Como adelantamos en el apartado anterior, este aspecto fue especialmente padecido por algunos adultos mayores, quienes, por un lado, disfrutaban del cuidado de sus hijos, pero, a la vez, se enfadaban al sentirse controlados y no poder tomar decisiones. “Ellos te empiezan a hacer un inventario de todas las enfermedades que tenés -señalaba Roberto (66)-, y resulta que sabían más que yo de lo que yo tenía”. Por su parte, Clelia (79) comentaba que incluso antes de la pandemia “le enchufaron” el celular para “rastrearla”, algo que le irritaba pero terminó aceptando tras atravesar episodios difíciles de salud. En este sentido, es evidente que los adultos mayores no aceptaron pasivamente las prácticas de aislamiento que, potencialmente, eran por “su propio bien”.

Vale recordar que estas personas fueron categorizadas como “grupo de riesgo”, categoría que estuvo en la base de una serie de acciones y políticas específicas, pero que también activó representaciones sociales que afectaron de forma particular a los adultos mayores. Si bien la idea de “grupo de riesgo” puede motorizar la indulgencia de buena parte de la sociedad, lo hace en la medida en que estas personas acepten plenamente su rol, como sucede con el “rol del enfermo” (Douglas, 2008). Si la culpabilización y la crítica son dos procesos sociales esenciales, el terreno de la enfermedad es un sitio donde estos procesos se intensifican. De este modo, enfermedad y desequilibrios corporales son territorios que exigen permanentes

justificaciones y proporcionan, por tanto, “un excelente material para el proceso de culpar y justificar. En su forma más extrema, toda enfermedad da lugar a una acusación” (Douglas, 2008: 52). A quien se enferma se le recrimina no haber cuidado de su cuerpo. Pero no solamente se acusa a la persona enferma, si se trata de un niño, suele acusarse a los padres, o a la escuela: “En este contexto de recriminación mutua, el cuerpo es un medio para ejercer control; señalar un cuerpo enfermo es una amenaza potencial contra cualquiera que pueda ser considerado responsable” (Douglas, 2008: 52).

Los sentimientos de excesiva responsabilidad y culpa estuvieron presentes en los adolescentes, siempre asociados con la preocupación por sus familiares, especialmente en aquellos que convivían con padres y abuelos que formaban parte del “grupo de riesgo”. Es el caso de Valeria (14), cuyas sensaciones de malestar se vinculan con una fuerte empatía por sus familiares cercanos: “la cuarentena a mí me hizo sentir mal por mis seres queridos”, en particular por su madre, que se deprimió durante el aislamiento, su abuela, que estaba muy angustiada por no poder ver a sus nietos, y su padre (con quien no convive), a quien vio con menos frecuencia durante el aislamiento estricto. En otros casos, las emociones relacionadas con el miedo a contagiar a sus familiares adultos derivaron en sensaciones de enojo, impotencia y frustración. Por ejemplo, en el relato de Juan (18) se manifiesta la idea de poner a su padre en riesgo: “me dejó como con muchas secuelas y muy perseguido y muy tipo a ver si le pasa algo. Bueno, mejor no voy a ningún lado (...)”. En ese sentido, contaba que: “la cuarentena me terminó reventando. (...) Volví a ir con el psicólogo y mucho de angustiarse, mucho llorar, mucho tener enojo acumulado”. Al temor por contagiar a los adultos, en el caso de Mariano (20) se sumó una sobrecarga de trabajo y tareas de cuidado hacia su madre y su abuela, con quienes convivía al comienzo de la pandemia, y también con respecto a su padre, que estuvo internado y de quien Mariano se ocupó durante un tiempo. En sus palabras lo más difícil de la pandemia fue “En su momento lo de mi viejo. (...) A veces el miedo a agarrar mi familia, o sea, mi miedo era tal vez me lo agarro yo laburando en la calle y se lo contagio a mis familiares”.

Para otros adolescentes, un núcleo de sensaciones de malestar estuvo asociado con la virtualización de sus clases, donde experimentaron dificultades para la interacción con docentes y pares, así como sentimientos de sobreexposición y vergüenza. Más aún, estos elementos duraron incluso en tiempos de post-pandemia y regreso a las aulas, donde primó la sensación de desconocimiento y extrañeza frente a los compañeros con quienes se conocían con anterioridad. De este modo, tanto las clases virtuales durante el aislamiento como el regreso a las aulas en la “nueva normalidad” fueron experiencias marcadas por sensaciones

de inseguridad y vergüenza, emociones que se extienden en el tiempo y constriñen las posibilidades de socialización. Eleonora señala: “Me daba cosa ver a mis compañeros, y que ellos me vean a mí después de la pandemia (...) entonces aprovecho el barbijo para esconderme un poco también” (Eleonora, 17).

Según Anthony Giddens (1997:87-89), estas sensaciones se enmarcan en situaciones altamente disruptivas que interrumpen la seguridad ontológica, lo que moviliza sentimientos de inadecuación y vergüenza, minando las raíces de la confianza y depreciando la potencia de acción. Estas emociones tuvieron una presencia significativa en las experiencias de adolescentes, en especial en sus clases escolares virtuales, en donde “si te confundías quedabas muy expuesto y te daba vergüenza. Y nadie contestaba” (Valeria, 14 años). La incertidumbre de lo adecuado en una situación de este tipo no sólo se debe a un conocimiento o desconocimiento de contenidos educativos, sino, sobre todo, a un desconocimiento de los otros:

en la mayoría de las clases nadie estaba con la cámara prendida, era la nada y nadie respondía y la mayoría desde la cama (...) era difícil, veías a todo el mundo con la cámara apagada y los que tenían la cámara prendida estaban súper dispersos (Juan, 18).

En la experiencia de los adultos mayores, la inseguridad tuvo menos que ver con la manera en que otros individuos los ven que con una depreciación de la capacidad del hacer. Mirta (72) menciona que si bien la práctica del Yoga le ayudó a hacer frente a la “inseguridad del ego, tanto físico como espiritual”, hubo prácticas que en la post-pandemia ya no volvió a realizar, como manejar. Antes que relacionarse con la vergüenza, la inseguridad se relacionaba con el miedo a “enfermar, a la muerte (...) o al hecho de que la gente se moría sola” (Mirta), lo que limitaba un conjunto de actividades (como hacerse estudios médicos), ya que “uno con el miedo de que haya virus se limitaba a atenderse en su domicilio por medio del teléfono” (Carmen, 78). Pero el miedo no era sólo por la propia enfermedad, sino también por la de los otros. Según Clelia (79), ante el “temor no solamente por mí, sino de llevar yo el virus, me aislé totalmente. No es que me desesperara, porque siempre fui casera. Pero me cortó lo que tenía ganas de hacer”.

4. Conclusiones

En este trabajo nos propusimos analizar las experiencias de la pandemia y del aislamiento social en dos franjas etarias muy diferentes: los adolescentes y los adultos mayores. El

análisis rastreó lo ocurrido con tres dimensiones de dichas experiencias: el uso del espacio doméstico, la sociabilidad y las emociones. Las entrevistas realizadas para este proyecto abordaron también otros ejes que no incluimos en esta ponencia, pero aparecerán en posteriores contribuciones, especialmente el lugar de las prácticas y consumos culturales, así como las percepciones e identificaciones políticas.

El recorrido por las distintas experiencias de la pandemia es de utilidad para desautomatizar algunas representaciones extendidas. Así, si para los adultos que trabajaron en forma virtual sus hogares se transformaron en espacios interconectados y multifuncionales -donde se combinaban actividades diversas- para los adolescentes y adultos mayores la casa fue más bien un refugio o una cárcel. La imposibilidad de salir y el aislamiento en el hogar se vivió en algunos casos como una pérdida y/o una imposición que les quitaba autonomía y control sobre sus vidas. Como vimos, para los adolescentes la casa o departamento se reducía casi en su totalidad a habitar el cuarto propio, pasaron mucho tiempo en soledad pero conectados con amigos a través de videojuegos y redes sociales. Para los adultos mayores, la sociabilidad a distancia no fue tan relevante y valoraron más los balcones y jardines de sus casas, así como la posibilidad de encontrarse en parques o en la vereda con sus hijos y nietos.

En cuanto a las prácticas de sociabilidad vimos que ambos grupos utilizaron la mediación de aplicaciones y dispositivos tecnológicos para mantenerse en contacto con sus grupos de referencia (amigos, compañeros, familiares). Para los adolescentes, los videojuegos actuaron como soporte de la sociabilidad entre pares, mientras que los adultos mayormente utilizaron las videollamadas y las llamadas telefónicas. Entre estos últimos, además, la escucha de radio funcionó como una compañía diaria y una forma de conexión con “el afuera de casa”. Ante la transformación o la suspensión de los dispositivos institucionales que ordenaban sus rutinas y sus prácticas de sociabilidad, como la escuela para los adolescentes o el centro de jubilados y la iglesia para los adultos mayores, ambos grupos padecieron la incertidumbre y la amenaza ante la pérdida de vínculos significativos. Con respecto al núcleo familiar, en los adultos mayores fue notable la importancia del vínculo afectivo con sus nietos y nietas, con quienes intentaron mantener encuentros presenciales, muchas veces a costa de conflictos con sus hijos.

Un aspecto relevante para seguir indagando tiene que ver con el retorno a las prácticas de sociabilidad presenciales y los espacios de interacción cara a cara, pues todo parece indicar que los lugares a los que se regresa ya no son los mismos. Así, los adolescentes registraban de qué forma sus compañeros crecieron y cambiaron, y cómo la distancia física afectó la

calidad de sus vínculos, al tiempo que los adultos mayores manifestaban los impactos de la pérdida de amigos a causa de la pandemia.

Otra de las representaciones que circuló ampliamente durante la pandemia señalaba a los adolescentes como apáticos o indiferentes ante un mundo en crisis, sin embargo en esta ponencia hemos visto cómo los jóvenes mostraban empatía por sus familiares de riesgo y atravesaron situaciones de gran angustia ante la culpa de, eventualmente, transmitir el virus. Por su parte, las prácticas de aislamiento social en los adultos mayores, impulsadas muchas veces por sus hijos para protegerlos del virus, terminaron siendo extremadamente dramáticas y negativas para su salud emocional. El conjunto de emociones negativas, como la angustia, el enojo, la tristeza, estuvo fuertemente asociado en los relatos de los entrevistados con la obstrucción y amenaza de los lazos sociales. Así, aunque el virus en sí aparecía como fuente de temor -en los adultos mayores- es notable que las emociones más recurrentes en ambos grupos estaban ligadas con sus tramas vinculares, sus afectos y sus interacciones sociales. A diferencia de lo que podríamos suponer, los adultos mayores no manifestaron dificultades significativas para adaptarse a las nuevas tecnologías. Ahora bien, a diferencia de los adolescentes, no encontraron en ellas algo que pudiera suplir los encuentros presenciales y el contacto físico.

Bibliografía

- Aliano, N. (2021). “La reinención de lo cotidiano en tiempos de pandemia. Aislamiento, usos de la casa y estrategias de ordenamiento de las rutinas en hogares de clase media en Argentina”, *RBSE Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, Vol.20, N°58, 21-34.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Douglas, M. (2008). “La elección entre lo somático y lo espiritual: algunas preferencias médicas”, *Estilos de pensar: Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Barcelona: Gedisa, 39-64.
- Failla, H. (2021). “La cuarentena no fue grupo. Notas sobre clínica de adolescentes en pandemia”, *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, 10-18.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Justo Alonso, A., García Dantas, A., González Vázquez, A. I., Sánchez Martín, M., y Río Casanova, L. D. (2020). “How did different generations cope with the COVID-19 pandemic?: early stages of the pandemic in Spain”, *Psicothema*. 490-500.
- Koury, M. (2014). “Pela consolidação da Sociologia e da Antropologia das Emoções no Brasil”, *Revista Sociedade e Estado*, v. 29, n. 3, p.841-866.
- Lutz, C. y White, G. (1986) “The anthropology of Emotions”, *Annual Reviews Anthropology*, n. 15, p. 405-436.
- Mannheim, K. (1993). “El problema de las generaciones”, *Reis. Revista española de investigaciones sociológicas*, nº 62, p. 193-242.
- Papez, Boris (2022). “Preocupaciones de la vida cotidiana. Objetos y prácticas culturales durante la pandemia por covid-19”, *Revista Científica Arbitrada de la Fundación MenteClara*, Vol.7 (289), pp.1-15.
- Salas Tonello, Pablo; Simonetti, Paula; Papez, Boris (2021) “En casa. Consumos, prácticas culturales y emociones en la vida cotidiana durante la pandemia por covid-19 en Argentina”. *RBSE Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, vol. 20, n. 58, pp. 53-65.
- Caggiano, S., & Segura, R. (2021). “La casa como proceso. Aislamiento y experiencia urbana durante la pandemia a través de la fotografía”, *Ciudadánias. Revista De Políticas Sociales Urbanas*, n°8. Recuperado a partir de <http://revistas.untref.edu.ar/index.php/ciudadanias/article/view/1125>